

mujer está asociada positivamente con la escolaridad y negativamente con la edad<sup>7</sup>. En lo que se refiere a la edad, la relación no parece tan importante: descubrimos que entre las más jóvenes el 53% son de orientación tradicional, mientras que lo mismo es cierto para el 69% de las mayores de 40 años. Pero en cuanto a la escolaridad, los datos sí reflejan una tendencia de asociación directa bastante clara, como puede observarse en el siguiente cuadro:

**Cuadro 31**

**Orientación del rol femenino según nivel de instrucción de la mujer**

Escolaridad	Orientación del rol			N
	Tradic.	Interm.	Moder.	
Sin Instrucción	81.0	16.4	2.6	116
1 a 3 de primaria	75.1	23.1	1.8	338
4 a 6 de primaria	53.0	37.7	9.3	494
Secundaria y más	29.3	44.4	26.3	99

81% de las mujeres que nunca fueron a la escuela tienen una orientación tradicional del rol femenino, contra sólo 29.3% de las que cursaron algún grado de instrucción postprimaria. Al contrario, las más escolarizadas, son las que en mayor porcentaje se inclinan hacia actitudes modernizantes respecto del papel sociofamiliar de la mujer. La escolaridad juega así un papel importante en la construcción de la imagen que las mujeres tienen de su papel y función en la sociedad, de lo que depende a su vez, en buena medida, su conducta reproductiva.

<sup>7</sup> De hecho, al igual que en los valores que revisamos antes, la edad y la escolaridad siempre aparecen como factores influyentes. Sobra decir que -debido a la creciente expansión del sistema formal de educación, existe una estrecha relación entre estas dos variables (edad de la mujer y nivel de instrucción).

Sabemos bien que en la escuela no se enseña a las personas a tener pocos hijos, y mucho menos a modificar las concepciones tradicionales que sobre el papel de los sexos marcan las pautas culturales. Lo que ocurre es que el contacto con la escuela provoca en las personas ciertos cambios en sus comportamientos y en sus valores, al confrontar los límites reducidos de su cotidianidad con el panorama de una cultura mucho más universalista. En el contexto rural, la familia tradicional conserva aún buena parte de su estructura patriarcal, atribuyendo a cada uno de los sexos las funciones que por "naturaleza" le corresponden. Si todavía hoy en las grandes ciudades de nuestro país la condición de la mujer deja mucho que desear, en los sectores rurales su situación es todavía más precaria. La mujer campesina -como dicen Fromm y Maccoby (1973)- no es para su esposo sino la "madre de sus hijos"; como mujer no tiene muchas oportunidades; en cambio, con la maternidad, ella cumple su misión en el mundo. No debe resultar extraño entonces que las mujeres cuya concepción de lo femenino sea más tradicional se inclinen por tener una mayor fecundidad.

### 3.2.3. Variables de interacción conyugal<sup>8</sup> y de estructura familiar

#### 3.2.3.1. La comunicación conyugal<sup>9</sup>.

De todas las variables que se refieren a la interacción conyugal, la comunicación entre los esposos es, con seguridad, la más significativa, pues de ella dependen en gran medida las demás. Esto significa que cualquier otro aspecto de la interacción de la pareja (distribución de roles decisionales, toma de acuerdos, distribución de tareas y funciones, etc.) estará en gran medida supeditado a la comunicación como tal, ya que constituye el medio más explícito de la interrelación marital.

<sup>8</sup> Diversas de las variables utilizadas en este apartado pueden dar la impresión de ser altamente subjetivas. Deseamos aclarar que estamos partiendo aquí de un marco de referencia interaccionista, según el cual, cualquier situación observada no tiene significación si no es definida por el sujeto investigado. Lo que en este contexto interesa, entonces, no es el análisis «objetivo» de la situación como lo entendería el autor, sino más bien la forma en la que la situación es definida por los actores (sujetos de la investigación).

<sup>9</sup> Queremos hacer notar que la comunicación conyugal es una variable sumamente compleja y que implica serios obstáculos metodológicos para su medición. En otro trabajo (Ribeiro, 1989) hemos discutido esta cuestión y hemos hecho alusión a las limitaciones inherentes al empleo de esta variable.



Es importante hacer notar, en primer término, que no se ha desarrollado hasta la fecha una teoría explícita que proporcione una interpretación completa sobre la relación entre comunicación conyugal y fecundidad. Sin embargo, existen algunos antecedentes de investigación que nos sugieren la existencia de una importante interacción entre estas dos variables. La hipótesis más congruente en este sentido, propone que una buena comunicación en la pareja está positivamente relacionada con el éxito en la planificación familiar. Dicho de otra manera, se supone que en la medida en que la comunicación entre los esposos sea efectiva, habrá una mayor concordancia entre el número de hijos deseados y el número real de hijos. Pero también se ha podido observar una relación inversa entre fecundidad y comunicación.

En el trabajo de Ronald Freedman (1967) sobre los factores sociológicos y psicosociales que influyen sobre la fecundidad, se alude a la comunicación entre los esposos como un requisito estructural de la familia, que junto con la capacidad de tomar decisiones conjuntas, son necesarios para que el control de la natalidad sea eficaz y lograr así tener una familia pequeña. Por otro lado, en la investigación de Reuben Hill y sus colaboradores (1959) realizada en Puerto Rico, se encontró que la comunicación de la pareja era una de las variables más altamente correlacionadas con el éxito de la utilización de métodos anticonceptivos ( $r=0.89$ ). En París, Andrée Michel (1970a) descubrió que la comunicación conyugal estaba estrechamente ligada a otras variables de la interacción entre los esposos, así como también con una fecundidad poco elevada. En dicho estudio, se mostró que la correlación entre el puntaje de comunicación y la realización del número deseado de hijos fue la más elevada ( $r=0.52$ ) y por lo mismo la que -en opinión de la autora- era la más decisiva para explicar la fecundidad. Por otro lado, en una encuesta realizada en Quebec, Renée Clouthier (1968) descubrió que la comunicación verbal sobre planificación de los nacimientos era la variable más pertinente -entre todas las variables de interacción que ella utilizó- para explicar la eficacia contraceptiva y la duración de la utilización de anticonceptivos después del nacimiento del último hijo.

En México, los antecedentes también muestran la evidencia de una importante asociación entre esta variable de la interacción marital y la

fecundidad. Con los datos de la Encuesta sobre Demanda de Servicios de Planificación familiar se logró establecer que, en todos los grupos de edad, el número medio de hijos nacidos vivos era mayor entre aquellas mujeres que habían obtenido un puntaje más bajo de comunicación que entre las que se comunicaban más<sup>10</sup>. Algo similar descubrimos en la investigación sobre familia y fecundidad en el área metropolitana de Monterrey (Ribeiro, 1989).

Los datos de esta investigación apuntan en la misma dirección: las mujeres que se comunican más tuvieron en general menos hijos que las que dialogan con menor frecuencia con sus maridos (cuadro 32).

**Cuadro 32**  
**Promedio de hijos nacidos vivos según puntaje de comunicación conyugal por grupos de duración de la unión**

Puntaje de comunicación	Duración de la unión			Media hijos	N
	- de 10	11 a 20	21 y +		
Alto	1.8	4.2	7.4	4.8	524
Bajo	2.3	4.4	8.2	5.9	523

Para la muestra total, la diferencia en el número promedio de hijos por mujer es de 1.1, según hayan obtenido un alto o un bajo puntaje en el índice de comunicación conyugal. Esta diferencia, aunque más pequeña, se observa en todos los grupos de duración de la unión, en donde aparece que las mujeres que menos se comunican son siempre las más fecundas<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Ribeiro, 1982.

<sup>11</sup> La mayoría de las mujeres entrevistadas afirmaron que se comunicaban con mucha o con regular frecuencia en la mayoría de los ítems que a este respecto incluía nuestra cédula de entrevista. Por esta razón, en la distribución de los datos que obtuvimos al construir esta escala



Pero si consideramos que la comunicación general de la pareja puede ser importante para explicar la conducta reproductiva, podemos suponer que la comunicación específica de los esposos respecto a sus planes de reproducción debe serlo aún más. Es obvio que si la comunicación puede permitir el acuerdo de la pareja y la realización de sus objetivos conjuntos, para poder planificar su familia es indispensable que un matrimonio precise de antemano sus objetivos a este respecto. Así, decidimos analizar en forma separada el ítem que se refiere a la comunicación de la pareja sobre sus planes de fecundidad, y esto es lo que descubrimos:

**Cuadro 33**  
Número de hijos nacidos vivos según la comunicación sobre planes de reproducción, por grupos de duración de la unión

Frecuencia de comunicación*	Duración de la unión			Media hijos	N
	menos de 10	11 a 20	21 y más		
Mucha frec.	1.3	3.5	7.5	3.6	64
Regular frec.	1.8	3.8	6.8	3.9	233
Pocas veces	2.2	4.4	7.5	5.0	191
Casi nunca	2.5	4.6	8.0	5.8	265
Nunca	2.6	4.6	8.7	7.2	261

\* Aunque en la cédula de entrevista nos referimos a la "frecuencia" de la comunicación, en realidad consideramos que en casos como éste el enunciado podía ser interpretado en términos de si la comunicación a este respecto era o no suficiente.

descubrimos que un alto porcentaje de las encuestadas obtuvieron puntajes elevados de comunicación. Por tal motivo, decidimos proceder al análisis asumiendo que las de mejor comunicación eran aquellas que se encontraban por encima de la mediana, y las de peor comunicación las que estaban por debajo de la mediana.

Aquí se destaca aún más la importancia de este factor. En el conjunto total de mujeres entrevistadas, las que afirmaron comunicarse mejor respecto a sus planes de fecundidad tienen la mitad de hijos que las que jamás tocaron este punto con sus esposos (3.6 hijos de las primeras contra 7.2 de las segundas). Además, en todos los grupos de duración de la unión se nota una diferencia substancial en el número medio de hijos por mujer entre las de mejor y peor comunicación sobre planes de fecundidad.

Si controlamos esta relación por la edad de la entrevistada en vez de hacerlo por la duración de la unión, estas diferencias se incrementan aún más, puesto que existe una relación significativa entre comunicación y edad<sup>12</sup>.

**Cuadro 34**  
Promedio de hijos nacidos vivos según si la pareja se comunicaba sobre sus planes de reproducción, por grupos de edad

Frecuencia de la comunicación	Edad de la mujer			N
	14 A 29	30 A 39	40 y más	
Mucha frec.	1.3	3.4	6.3	64
Regular frec.	1.9	3.7	6.3	233
Pocas veces	2.4	4.8	7.2	191
Casi nunca	2.4	4.8	7.5	265
Nunca	2.6	4.8	8.3	261

<sup>12</sup> El análisis de la  $\chi^2$  (chi cuadrada) mostró una relación directa entre la edad de la mujer y la comunicación sobre planes de reproducción, con un valor de asociación de la  $V^2$  de Cramer=0.25, significativo al 0.9999. Asimismo, encontramos un valor de asociación  $V^2=0.16$  significativo al 0.9999 entre este tema de comunicación y la escolaridad de la mujer.



En este cuadro resulta notoria la diferencia en el número medio de hijos vivos por mujer según si se comunicaban bien o no sobre sus planes de fecundidad. En el grupo de mujeres más jóvenes, esta diferencia es de 1.3 hijos por mujer y significa que las que mejor se comunican a este respecto tienen la mitad de hijos que quienes nunca han hablado del tema; en el grupo de edad intermedia, la diferencia total es de 1.4 hijos por mujer, y en el grupo de mujeres de 40 o más años, la diferencia total es de dos hijos por mujer, al pasar de 6.3 a 8.3.

### 3.2.3.2. La satisfacción de la mujer.

La satisfacción conyugal es un factor que frecuentemente ha sido incluido en los análisis interaccionistas de la familia y del matrimonio, no tanto porque constituya en sí una variable de interacción, sino porque puede ser causa y efecto de múltiples manifestaciones de la dinámica familiar. Este tema adquiere una gran relevancia en el estudio de la familia moderna, ya que en términos generales se parte de la premisa de que la dicha y la felicidad constituyen unos de los fines básicos del matrimonio (al menos en las sociedades occidentales contemporáneas), y en la medida en que se logren estos aspectos, existen mejores posibilidades para lograr la estabilidad del matrimonio.

Aunque el tema de la satisfacción en la vida matrimonial ha estado presente en múltiples investigaciones psicosociales, pocas veces ha sido relacionada con la conducta reproductiva. Se sabe, por ejemplo, que la satisfacción conyugal puede tener un efecto positivo sobre la estabilidad de la pareja, y que esto repercute a su vez sobre el número de hijos, puesto que incide sobre algunas de las variables intermedias relacionadas con la fecundidad. Por otra parte, algunos trabajos han tratado de incorporar los conceptos de adaptación, felicidad o satisfacción marital, considerándolos como requisitos básicos para lograr una planeación efectiva de la familia y como factores que influyen en las normas que regulan el tamaño de ésta (Reed, 1958). Sin embargo, los resultados de tales investigaciones no siempre aclaran de manera satisfactoria esta cuestión, porque la medición de estos conceptos en el plano empírico enfrenta serias limitaciones de orden metodológico.

A este respecto, podemos decir que la operacionalización de conceptos

abstractos es siempre un problema. Lo que nos preocupa aquí no es tanto la subjetividad del entrevistado en cuanto a la forma de concebir la felicidad o satisfacción; antes al contrario, ello constituye una premisa importante del análisis interaccionista. El problema real radica en que el investigador no puede determinar hasta qué punto las respuestas proporcionadas por la población a sus indicadores reflejan su sentir verdadero, o bien son consecuencia de situaciones convencionales. En tal caso, podría cuestionarse hasta cierto punto la confiabilidad de sus indicadores<sup>13</sup>. Con esto no queremos dar a entender que existan sospechas de que la población entrevistada mienta abiertamente para "guardar las apariencias", sino más bien lo que sucede es que con frecuencia la persona que responde a una entrevista de esta naturaleza hace una evaluación instantánea de buena parte de su vida, y esa evaluación se entremezcla con elementos culturales que pueden provocar que la respuesta se vuelva simplista o simplemente convencional. Por ejemplo, Leñero (1987), encontró que el matrimonio constituía todavía un valor muy arraigado en la mayoría de la población; los datos que obtuvo en su investigación mostraron que la vigencia del matrimonio como institución estable no era cuestionada por el 75% de los varones ni por el 80% de las mujeres. Ante estos valores y la predominancia de una cultura de corte fatalista y estoica, con características de abnegación y sacrificio de la mujer, puede resultar normal que una buena proporción de entrevistadas considere que su matrimonio haya sido bastante satisfactorio, aunque en la realidad quizás no lo fue tanto.

En nuestra encuesta, por ejemplo, cuando les preguntamos a las mujeres si había valido la pena el trabajo que pasaron con sus hijos por las satisfacciones que recibían de ellos, el 99.7% de las que habían tenido hijos respondió afirmativamente. También encontramos que el 98% dijeron que sí merecía la pena el haberse casado, por el afecto que recibían de sus maridos. En cambio, cuando les preguntamos si -en la situación ficticia de que pudieran repetir sus vidas -se volverían a casar, el 59.6% dijeron que no y 2.7% respondieron que sí, pero con otro hombre; sólo el 37.7% afirmó que volvería a casarse con el mismo

<sup>13</sup> Esto se aplicaría también a otros indicadores que hemos utilizado en el presente trabajo, particularmente a aquellos que dan cuenta de la comunicación entre los esposos.



hombre con quien lo había hecho la primera vez.

Otro problema que encontramos constantemente en la explicación de la relación entre satisfacción marital y fecundidad, lo constituye el hecho, ya señalado por Freedman (1967), de que teóricamente no ha sido bien definido si la adaptación o satisfacción es la causa o más bien la consecuencia de una planeación eficaz de la familia y de su tamaño. A este respecto, aunque gran parte de los estudios interaccionistas se han referido de manera más específica a esta variable como un efecto del tamaño de la familia, en la realidad creemos que pueden plantearse hipótesis en los dos sentidos, y existen evidencias que apoyan a ambas.

En el primer caso estarían los estudios de Feldman<sup>14</sup>, quien encontró en sus investigaciones que la llegada del primer hijo estaba acompañada por una declinación en la satisfacción para la mayoría de las mujeres, aunque en ocasiones ocurría lo contrario. Para precisar esta relación, el autor exploró la calidad de la interacción de la pareja antes de la llegada del primer hijo, y pudo determinar que las mujeres que tenían una buena relación con el marido antes de embarazarse por primera vez eran las que se encontraban menos satisfechas con la llegada del bebé, y al contrario, las que mantenían malas relaciones de pareja vieron aumentada su satisfacción. En el segundo caso puede ubicarse la investigación de Luckey y Bain<sup>15</sup>, en la que las autoras clasificaron a las parejas de su muestra en dos grupos: las satisfechas y las insatisfechas; descubrieron que para el 63% de las parejas insatisfechas los hijos constituían su única satisfacción, mientras que sólo el 4% de las satisfechas decían lo mismo.

En nuestro país existen indicios de que los hijos son fuente de gratificación para los padres, pero de manera más particular para las madres. En nuestro contexto sociocultural esta cuestión adquiere matices muy peculiares, puesto que predominan aún valores pronatalistas (sobre todo en medios rurales). Leñero (1987), por ejemplo, encontró en una

<sup>14</sup> Feldman, Harold (1971) «The effects of children on the family», en: Michel, A. (ed.), *Family issues of employed women in Europe and America*, Brill, Leiden, citado por: Michel, A. (1974).

<sup>15</sup> Luckey, Eleanore B. y Joice K. Bain (1970) «Children: a factor in marital satisfaction», en: *Journal of marriage and the family*, 32, n° 1, febrero de 1970. Citado por Michel (1974).

investigación que el hecho de "tener hijos" era una de las tres características más frecuentemente mencionadas por los entrevistados como factor importante para el éxito matrimonial<sup>16</sup>. Por otro lado, como ya dijimos, la valoración social de la mujer se da principalmente a través de su maternidad: Leñero observó que el 54% de los encuestados consideraba que la mujer requiere tener hijos para poder realizarse plenamente como ser humano (y fue mayor la proporción de mujeres que de hombres que pensaban de esta manera)(Ibid.).

Pero es posible que lo que en realidad ocurre esté relacionado con lo planteado por Feldman. En México, dadas las peculiares características del matrimonio, de la división de papeles sexuales y de la cultura machista, es muy probable que un buen número de esposas sufra de un pronto "desencanto matrimonial", y que al no encontrar satisfacción suficiente en su relación de pareja, vuelque sus intereses primordiales en su relación con sus hijos y procure obtener de éstos la principal fuente de satisfacciones. Al menos sabemos que gracias al culto a la maternidad el terreno es fértil en este sentido. En todo caso, diversos estudios arrojan evidencias que hacen plausible esta explicación: Elu (1973), encontró en su investigación que para la mayoría (54.1%) de las esposas incluidas en su muestra, el afecto del cónyuge era el principal fin buscado al casarse, pero sólo el 27.6% reconoció que ello constituía en realidad su mayor satisfacción. Sólo el 21% de estas mujeres afirmaron que el tener hijos era su motivación principal para contraer matrimonio, pero al final 47.2% encontraron en los hijos su principal motivo de gratificación. Algo similar encontramos en el estudio sobre familia y fecundidad de 1989, aunque todavía más acentuado: 56.1% de las mujeres respondieron que cuando se casaron estuvieron motivadas principalmente por la búsqueda del cariño y afecto del esposo y 34.9% dijeron que su motivación principal fue el tener hijos; en cambio, la mayor satisfacción realmente encontrada la proporcionaron los hijos para 78% de las entrevistadas, y el afecto del marido para tan sólo 13.5%. En este trabajo también quisimos explorar esta cuestión (cuadro 35).

<sup>16</sup> Los otros dos fueron: la fidelidad y el mutuo aprecio y respeto.